



FAMES CALAGURRITANA



...

La situación no pintaba nada bien.

Sertorio había tenido que regresar a Calahorra para rehacer las tropas. Estábamos en mitad de las guerras Sertorianas y teníamos todas las de perder. Sertorio mandó fortificar las murallas, pero eso solo empeoró la situación. Desgraciadamente, fue trágicamente asesinado.

Fui la primera en enterarse, y, desde ese momento, supe que los tiempos que venían iban a ser difíciles. Necesitaba salir de allí, pero, ¿Cómo?

Informar al pueblo calagurritano fue el peor error que cometieron. Eso hizo que se alteraran aun más de lo que la guerra ya les tenía.

Estaban totalmente descontrolados. Bebricio, al mando, fiel y gran soldado pero débil en el liderazgo, no fue capaz de reponerse. No estaba preparado para lo que estaba por venir.

Con gran tristeza, descubrimos su suicidio.

Si queríamos sobrevivir nos teníamos que entregar a Pompeyo, aunque fuese la peor opción. Eso significaba perder infinitas tradiciones y someternos a duras condiciones de vida. Los soldados al cargo no estaban muy seguros, ya que la decisión era demasiado difícil. Nos enteramos que las ciudades vecinas de Osma y Numancia resistieron, así que decidimos que nosotros también.

Los primeros días no fueron tan duros como esperábamos, aunque si fueron tristes, muy tristes. El luto por nuestros soldados se respiraba entre la gente. Los combatientes luchaban y resistían. Teníamos alimento y bebida suficiente y nadie descansaba ni siquiera por las noches. Aunque teníamos las murallas que Sertorio había fortificado antes de su muerte, nadie estaba tranquilo ni tenía esperanzas de sobrevivir. Esas murallas nos hubiesen servido como seguro de vida si no nos hubiéramos negado a Pompeyo.

Cuando pensábamos que las cosas no podían empeorar, Afranio, teniente de Pompeyo, tras la resistencia que mostrábamos, decidió encerrarnos en la ciudad. Lo que antes era difícil, salir de ahí sin ser atacados, ahora se había convertido en imposible. El reabastecimiento de suministros se estaba complicando demasiado.

No había día que no hubiese muertos. Los días pasaban y el pueblo intentaba resistir, pero cada vez teníamos menos trincheras y armas. No teníamos como conseguir más, ya que estábamos encerrados y rodeados de enemigos. Los niños no podían aguantar más, y el hambre empezaba a notarse en sus caras. Por las noches rezábamos para que lloviese y así pudiésemos tener agua. Hervíamos las hojas de los árboles para poder calentar el estómago de pequeños y mayores, pero eso no era suficiente.

Llegó el momento en el que perdimos la noción del tiempo, y no teníamos nada que llevarnos a la boca. Los más pequeños comenzaron a morir de hambre y algunos de aburrimiento. Las mujeres morían de tristeza al saber que sus maridos habían perdido la vida luchando por el orgullo del pueblo calagurritano. El cansancio y la desesperación empezaba a hacernos enloquecer.

Quizás suena cruel pero la muerte no resultaba tan dura como al principio de la guerra o incluso en las primeras semanas de aislamiento, ya que el bloqueo fue tan largo y cruel, que al no tener alimento comenzamos a comer carne humana.

Llegué a ser la única mujer superviviente. También fui la única que pensaba en una solución sin tanta sangre ni crueldad. Mi madre siempre me había enseñado a pensar con frialdad y ese era el momento. Pensando y pensando se me ocurrió la idea de ir casa por casa encendiendo los fuegos de todos los fogones del pueblo. Eso haría que los enemigos pensarán que teníamos alimentos para sobrevivir y que había aun mucha gente viva en el pueblo. Ellos sabían el número de soldados que morían, pero no el número de gente viva dentro del pueblo, ya que las murallas no les permitían recibir información.

Se convirtió en costumbre, y eso hizo animar un poco el pueblo, ya que desgraciadamente había tantos cadáveres que comida no nos faltaba. Tener la mente ocupada pensando que les engañaba con mi artimaña de encender las cocinas ayudaba a no perder la cabeza más de lo que ya la habíamos perdido.

Cada día, los valientes soldados, nos informaban de la situación, lo que alentaba a los pocos supervivientes que quedábamos. Yo continuaba haciendo fuego en las chimeneas de las casas, engañando a las tropas de Pompeyo.

Desgraciadamente todo tiene su final, y no siempre es bueno. Un día, inesperadamente, estaba cortando el brazo de una de mis antiguas vecinas, cuando de repente comencé a escuchar ruidos fuertes, casi ensordecedores. Me asusté mucho, pero pensé que quizás fuera una nueva estrategia de nuestros fieles soldados. Mi sorpresa fue fatal. Las murallas de nuestra ciudad estaban derrumbándose. Algo no iba bien.

Un número indefinido de soldados entraron con armas en las manos. El horror y la violencia de sus caras me puso erizo todos los poros de la piel. Supe entonces que ese iba a ser mi último día.

En ese momento yo sostenía un cuchillo en la mano derecha y un brazo humano en la mano izquierda. Está claro que los soldados nacen para ello, porque sin ningún escrúpulo pasaron por encima de mí. Como pude me acerqué a la casa más cercana, dejando un largo y espeso rastro de sangre, encendí el fogón y exhalé mi último aliento.

La ciudad romana de Calahorra ha vivido cambios verdaderamente difíciles.

A la generación del siglo XXI nos parece que lo que estamos viviendo ahora, el coronavirus, las restricciones, la cuarentena etc., es el fin del mundo y lo peor que vamos a vivir en toda nuestra vida. Pero en realidad, si echamos la vista atrás, nos damos cuenta de que Calahorra ha sufrido cosas peores. El asedio, la lucha, la resistencia de un pueblo luchador, lleno de amor y orgullo por su ciudad.

Hace mucho tiempo, hacia el 71 a.C, Calahorra fue invadida por los romanos, y casualmente también fue cerrada para su bienestar. En su encerramiento, llegaron a tal punto de locura, que acabaron comiéndose a los más débiles. A esta época se la conoce como "Fames Calagurritana" en español "Hambre Calagurritana".

A la valiente mujer que resistió, se la recuerda hoy en día como "Matrona". Una estatua en su honor, colocada estratégicamente donde antiguamente se encontraba el circo romano hace que la recordemos. Está tallada en mármol blanco, con un cuchillo en la mano derecha y un brazo humano en la mano izquierda ya que fue como se la encontraron los romanos al invadir la ciudad. A sus pies hay una placa con las inscripciones de:

"PREVALECÍ CONTRA CARTAGO Y ROMA"

"CONSIGUIÓ CALAHORRA EL TROFEO DE VENCEDORA E INVENCIBLE POR LA NOBLEZA DE SU SANGRE, POR SU ESTIRPE, POR LAS CIENCIAS, POR SUS VIRTUDES Y POR SU VALOR GUERRERO".

"MUY NOBLE, MUY LEAL Y FIEL CIUDAD DE CALAHORRA".